

# EL PENSAMIENTO ESPAÑOL.

Vobis etiam merito accepta referimus, qui tam strenue religionis, et iustitiae partes tuendas suscepistis.

DIARIO CATÓLICO, APOSTÓLICO ROMANO.

Deumque, cuius causam agitis, rogamus ut vos in proposito confirmet.

PRECIOSOS DE SUSCRIPCIONES.—En Madrid, 12 rs. al mes.—En Provincias 17 rs. al mes, y 50 por trimestre en casa de los comisionarios, y 15 rs. al mes y 42 el trimestre en la administración.—En el Extranjero: 70 rs.—En Ultramar 30 rs. trimestre.—La administración no responde de los sellos que se le remitan en carta sin certificar.

PUNTOS DE SUSCRIPCION.—Madrid: En la administración, calle de Pelayo, números 38 y 40, cuarto principal de la derecha.—Provincias: En los puntos que se anuncian el último día de cada mes.—París: Agencia franco-española de D. C. A. Saavedra, 55, rue Taitbout.—No se devuelve ningún manuscrito.

## CORTES CONSTITUYENTES.

Extracto de la sesión celebrada el día 22 de Diciembre de 1870.

PRESIDENCIA DEL SEÑOR DON MANUEL RUIZ ZORRILLA.

Abierta la sesión a las tres menos cuarto, y leída el acta de la anterior por el señor secretario Sánchez Ruano, fué aprobada.

Se dió cuenta, y las Cortes quedaron enteradas, del resultado de la reunión de secciones verificada en el día de ayer.

El señor PRESIDENTE: Continúa el debate pendiente sobre la proposición del Sr. Romero Robledo.

El Sr. Calderón Collantes sigue en el uso de la palabra.

El Sr. CALDERÓN COLLANTES: Dije ayer, señores diputados, que no podía entrar desde el principio en el examen de la cuestión principal que se debate, porque el incidente promovido ayer con motivo de ciertas apreciaciones sobre determinados procedimientos era tan importante, que no podía menos de ocuparme de él. A un señor diputado de la nación, que hizo ciertas apreciaciones según su conciencia, se le dirigieron acusaciones de calumnia, y el señor ministro de la Gobernación dijo que era falso lo que indicaba.

Yo, señores, no califico los hechos de que se trata: pero sí dire que no deben quedar envueltos en la oscuridad, y que las apreciaciones de que me ocupo, en que no había referencia a persona alguna, no pueden calificarse de calumnias. El mismo señor ministro de la Gobernación, cuando no había dado las muestras de inconsecuencia que ahora, y se sentaba en los bancos que ahora ocupan los republicanos, calificó de asesinatos hechos análogos a los de ahora, y nadie le dijo que en ello había calumnia. Nada dice el Sr. Figuerola, que dirigí acusaciones más graves que el Sr. Rivero, porque ese es su modo de ser, según la muestra que nos da cada vez que se levanta a usar de la palabra. Estos dos señores fueron los primeros que calificaron de asesinatos otros hechos análogos a los que ahora han sido calificados del mismo modo, sin que a nadie se le ocurriera decir que en ello había calumnia.

Hay que convenir, señores, en que es muy extraño que se verifique un hecho verdaderamente nuevo en los fastos de toda nación civilizada. Sorprende que en un período determinado de tiempo se verifique un número excesivo de fusilamientos por intentar la fuga los presos, sin que ni el primer caso, ni el segundo, ni aun el ségundo, baste para que cesen esos conatos de fuga que tan terrible resultado dan. ¿Cabe en lo posible que esto suceda? ¿En qué consiste que hasta ahora no ha habido esos conatos de fuga que hagan necesaria una represión semejante? ¿La naturaleza, sin embargo, siempre es la misma, y cuando a pesar de todo no han tenido lugar hasta ahora hechos de esa naturaleza, algo hay de fenomenal, en que de tal modo se repitan. Vengan aquí los expedientes, y veremos si el señor ministro de la Gobernación tiene alguna culpa de ello, si no de comisión, de omisión.

S. S., que pronunció uno de los mejores discursos que he oído en esta legislatura, puso al menos vi algo de consecuencia en él, siquiera esta cualidad sea objeto de burla para algunos políticos sin pudor, me dió en él una tristísima muestra de la idea que tiene del Gobierno y de las obligaciones que su puesto le impone. Nos decía que el que se creyera agraviado que fuera a los tribunales, y eso no es tener idea de las obligaciones que tiene como ministro. Cuando así se comprenden los deberes, no es posible inspirar confianza y debe dejarse el puesto. El primer deber del Gobierno es saber la Constitución y cumplirla, y en su deber está vigilar por la conservación del orden público y proteger la seguridad de los ciudadanos: para eso está la fuerza pública, y el Sr. Rivero no ha cumplido este deber, ni ha podido cumplirlo, puesto que no tenía una noción exacta de cuál era su obligación en este punto.

Por otra parte, ¿sabe el señor ministro de Gracia y Justicia el estado en que se encuentran las causas formadas con motivo de lo ocurrido con Azcárraga y otros crimenes que se han cometido? ¿Ha mandado a los fiscales que vigilen para que se administre pronta y severa justicia? ¿Ha tratado de que se averigüe lo que por todo Madrid se dice, de haberse mandado retirar los agentes de orden público la noche de los sucesos del teatro de Calderón, del sitio donde tuvieron lugar? Pues todo esto ha debido investigarse. Verdad es que el señor ministro de Gracia y Justicia no debe intervenir en el fallo de los tribunales; pero cuando más independientes sean estos de la acción ministerial, tanta más vigilancia se debe ejercer por medio de los fiscales para que se administre pronta y severa justicia.

Es notable que haya que tributar elogios a ministros que no son del ramo, por la atención que han prestado a la administración de justicia, en cuyo caso se encuentran los Sres. Becerra y Moret, que han procurado dar a la administración de justicia en Ultramar el carácter más imparcial. Aquí, al contrario, el ministro del ramo no ha hecho más que una organización de justicia de partido. Al paso que en el ministerio de Ultramar se ha respetado la calificación que ha hecho la junta nombrada al efecto, en el de Gracia y Justicia se ha hecho calificación, si, pero prohibiendo que se examinen las circunstancias del nombramiento. Y no ha bastado esto; sino que habiéndose dicho en el discurso de apertura de los tribunales que de aquel día en adelante la magistratura sería inamovible, a los ocho días ya no se cumplía esa promesa, porque sin duda la inamovilidad no se quería establecer sino en beneficio de un partido.

No creo que parecerá extraño me ocupe de todo esto, porque tratándose de una proposición de autorización, hay en ella dos cosas: el carácter constitucional y reglamentario, y el de la cuestión de confianza; y en este concepto tenemos el derecho de tratar la cuestión política. Por esto me admiraba, si es que algo puede admirarme en el Sr. Figuerola, de que le sorprendiese que el Sr. Silveira tratase de los actos del Gobierno. Y no se sorprenda de esto el Sr. Rivero, que no solo no se contenta con querer ocupar moralmente el puesto del señor ministro de la palabra por supuesto, materialmente. Parece que S. S. de alguna muestra de asombro de lo que yo digo, y no sé por qué, puesto que es sabido que el individuo que desempeña el ministerio de Estado, que es el más antiguo, debe tener su asiento inmediatamente después del presidente del Consejo.

Yo no puedo menos de decir al señor ministro de Gracia y Justicia y al señor presidente del Consejo de ministros, que es en vano el querer fundar la inamovilidad judicial en un exclusivismo injusto e irritante, pues la magistratura no debe establecerse en beneficio de un partido, sino para bien del país; y todo lo que sea no atender a esto, es hacer una

cosa deleznable, que vendrá abajo con cualquier cambio de política. En esto puedo hablar con entera imparcialidad, pues habiéndome encontrado con gran número de cesantes que eran progresistas, cumpliendo con una disposición dictada en tiempo de la unión liberal les fui dando colocación, y si hubiera continuado seis meses más en el ministerio, todos hubieran sido colocados.

Terminado este incidente, y seguro de que el señor ministro de Gracia y Justicia habrá de traer los expedientes de esos fusilamientos según unos, ó asesinatos según otros, de que se ha hablado, paso a contestar al discurso del Sr. Figuerola.

Si dificultad hay en contestar a un discurso elevado, elocuente, nutrido de doctrina, mucho mayor se encuentra al ocuparse de uno como el que pronunció el Sr. Figuerola; al fin, cuando se oye un discurso elevado y nutrido de razones, algo se aprende, y esto mismo le facilita a uno en algo la contestación; pero de un discurso como el del Sr. Figuerola, ¿qué es lo que yo puedo decir? Ni siquiera hablo su señoría de la proposición: hizo lo de siempre; proceder de otra manera, se lo impide su temperamento bilingüe: le sucede lo que a cierto cómico muy malo que había en el año 23, que todas las sílabas que llevaba las atribuía a los negros, y para desquitarse de ellas en algún modo, se acercaba al apuntador y gritaba: «viva el rey absoluto», con lo que obtenía aplausos de los realistas que había en el local. El señor Figuerola, para desquitarse de la desagradable impresión que en todos ha producido su mala administración, quiere a fuerza de decir «muera los moderados» obtener algunos aplausos de los radicales. S. S., que espero no verá intención alguna en este símil, ha estado ingrato lo que ha dicho respecto a los conservadores, pues no ha podido olvidar que tres de los que firman la proposición pertenecen a ese partido político, y el deber de la gratitud si quiera, si el corazón de S. S. no estuviese cerrado a ciertas impresiones, le debía haber aconsejado proceder de otro modo; pero el Sr. Figuerola no tiene piedad de nadie.

S. S. en este punto estaba muy inferior a sus estudios, pues nadie ignora que los partidos conservadores son necesarios, y seguramente no se me citará un solo Estado antiguo ni moderno en que no haya habido esos partidos conservadores, encargados de enlazar el pasado con el presente, y en los que tiene que apoyarse todo Gobierno que quiere tener vitalidad; pues ellos son los que han consolidado siempre las conquistas de la revolución. No habría partidos radicales si no hubiese conservadores. Y no se entienda por partido conservador el que cierra los ojos a toda idea de progreso; no. El progreso es una ley de la humanidad, y yo no puedo rechazar su marcha. Y, señores, que podría muy bien pasar sin decir esto, lo declaro: soy conservador dentro de la situación, y no habiéndome rebelado jamás, ni aun en el 68, respecto a todo poder constituido y acato todo lo hecho por las Cortes, aun cuando haya algo que pugne con mi modo de ver; soy, pues, conservador dentro de la Constitución.

Si el partido conservador fuera enemigo del progreso, no sería partido, porque las naciones que no progresan sucumben. Y si no, ved lo que sucede en el Oriente, cuna en otro tiempo de la civilización; sin que tenga lugar lo que vemos porque hayan retrocedido, sino porque se han estacionado; y precisamente Turquía para sostenerse ha tenido que ir amoldándose en lo posible al progreso de Occidente, estableciendo hasta la libertad de imprenta, si bien restringida, y que, sea dicho de paso, se respeta allí más que prácticamente se hace en España.

Se ha hablado mucho aquí de esa que ha dado en llamarse compañía de la Porra, de la que se ha dicho que era un mito, y de la que se ocupó el señor Silveira; más ocurrió ayer un hecho gravísimo, y es el de que el Sr. Figuerola, que era ministro cuando tuvo lugar el asesinato de Azcárraga y otros, dijo que la partida de la Porra había venido a sustituir al lápiz rojo del fiscal; añadió que era preciso conformarse con ciertos desmanes, y que entre lo que antes existía en materia de imprenta y los atentados de esa partida, estaba por estos últimos. (El Sr. Figuerola hace signos negativos.) Yo me congratularé de que el Sr. Figuerola rectifique sus palabras, para evitar la responsabilidad que pudiera caberle, igualmente que al Gobierno de que formaba parte. El Gobierno precisamente es el primer interesado en que se haga esa rectificación.

Dicho esto, debo manifestar que la proposición es de tal manera impremeditada, que es hasta contra el mismo propósito del Gobierno y de los que la firman, porque es contradictoria é inaguantable, siendo contraria a muchos artículos de la Constitución y del Reglamento; y no comprendo por qué se admiran algunos de la actitud que toman los que pertenecen al partido conservador, pues precisamente nos oponemos porque somos conservadores y queremos combatir todo acto de ilegalidad y todo acto revolucionario, y revolucionario es todo lo que se haga contra lo dispuesto en la Constitución.

Tampoco la cuestión reglamentaria es indiferente; el que diga que lo es, ignora lo que significan los reglamentos. Dejé a un absolutista que ponga un artículo en el reglamento a su gusto, y nada le importa ya que exista el Parlamento; pondé que las sesiones sean secretas, que no haya publicidad, y todo lo habréis perdido.

No creo que haya quien ignore aquí lo ocurrido en el año 52. Los partidos políticos estaban como atargados cuando se publicaron aquellos famosos proyectos, entre los cuales se encontraban los reglamentos, y lo que más sublevó fué la reforma reglamentaria, que indudablemente fué una de las causas que produjeron la revolución del 54, como fué otra de las que dieron lugar a la del 68 la reforma que se hizo en los reglamentos, que produjo tal impresión en el partido moderado, que el mismo señor duque de Valencia estaba decidido a presentar en la legislatura siguiente un proyecto de contrareforma. Véase la influencia que tienen las reformas reglamentarias, y cómo la cuestión de reglamento es de suma importancia.

La violación del reglamento es tan palmaria, que hay muchos señores de la mayoría que fuera de aquí la reconocen. Dícenla proposición que estos cinco proyectos de ley son complementarios de nuestra organización política; es decir, que son constituyentes. Pues entonces, ¿cómo han de ser discutidos por unas Cortes ordinarias? Además, no puede discutirse lo que la proposición consigna, porque la dación del monarca se ha de fijar al principio de cada reinado, y ya, según el art. 73 de la Constitución, no cabe alteración en ella; y en cuanto a las formalidades para el juramento del monarca, ¿cómo han de discutirse después que el monarca ha jurado? Esto es simplemente absurdo, pues se trata del ceremonial del monarca que ha de venir ahora, como que se dice que se dirigirá desde la estación a las Cortes a caballo. (Risas.) ¿Creen que esto es accidental? Pues estáis muy equivocados, pues quiere significar que se trata de establecer un Gobierno militar, un Gobierno a caballo.

Yo no quiero los Gobiernos débiles, pero tampoco para las naciones los Gobiernos de la dictadura y el sable, y plegue a Dios que los que hoy disponen que venga el monarca a caballo no se arrepientan mañana. El emperador Napoleón, todavía presidente de la república, pero que ya tenía resuelto en su mente el golpe de Estado, también cuando hizo su entrada en París no quiso ir en carreta, sino a caballo, y luego se comprendió lo que eso significaba. (Rumores.)

He probado que las dos leyes indicadas no pueden ser discutidas en Cortes ordinarias, y una de ellas no puede serlo ya fuera de este momento, siendo una irrisión proponer a unas Cortes serias una cosa que se sabe que no podrá hacerse.

Lo mismo digo respecto de la emisión de billetes, pues una vez emitidos y colocados en manos de particulares, la mayor parte quizás en las plazas extranjeras, ya no será posible recogerlos sin lastimar derechos adquiridos y la honra del país.

Pero hay otra circunstancia: esa autorización para emitir 900 millones en billetes, comprendida en la proposición que se discute, ha sido rechazada terminantemente por el Sr. Moret, ministro de Hacienda. ¿A qué entonces proponerla a las Cortes? ¿Que sacaremos con que las Cortes la voten? Esa autorización será nula, y los extranjeros, tan celosos de la legalidad en esta clase de operaciones, no querrán tomar los billetes, y si hay que colocarlos aquí, tendrán que ser con gran depreciación.

Por otra parte, esa emisión impone al país una carga de 408 millones por los intereses, y nadie, ni aun en los tiempos del absolutismo, se ha atrevido jamás a imponer tributos al país sin su consentimiento. Es decir que los absolutistas son más liberales que algunos radicales de hoy. Un artículo de la Constitución hace sagrada la deuda nacional; pero para eso es preciso que la nación por medio de sus representantes la vote; si no, no es deuda nacional, ni obligatoria para el país. Conste esta declaración, para que después nadie se llame a engaño.

Siento que sin duda por asuntos del servicio, esté ausente el Sr. Moret; pero el señor presidente del Consejo, que ha oído sus declaraciones, podrá rectificarlas, y si no lo hace, resultará que esa autorización está, por declaración del Gobierno, fuera de la proposición que se discute.

Voy a contestar a un cargo que se dirige a los que impugnamos la proposición. Es verdad, señores, que yo he concedido y hasta he pedido autorizaciones. Hasta ahora esto era una cuestión de principios, porque en el código constitucional no había precepto que impidiera las autorizaciones; así es que el partido moderado las creía constitucionales, mientras que el progresista las ha combatido siempre por anti-constitucionales. Pero hoy ya no es cuestión de principios: es cuestión de un precepto legal: hoy la Constitución prohíbe las autorizaciones, y hoy es sin embargo cuando el partido progresista las pide o las concede.

Es cierto que se dió autorización para el planteamiento del matrimonio civil y el código penal; pero se dió condicionadamente, no porque no se conociera que se falseaba el principio del código penal vigente. Y en verdad que el resultado de la autorización otorgada para la aplicación del código penal no impide a desear que continúe, si esto fuera posible. No, señores; yo pido la reforma del código penal por reaccionario y antipolítico, principalmente en lo relativo a la imprenta; y las Cortes que entre los derechos individuales han proclamado el de la libre emisión del pensamiento, no pueden tolerar que rijan esa autorización, hecha condicionadamente a reserva de que el código se discutiera con preferencia a todo en su reunión próxima, y cuya condición no se ha cumplido. Yo declaro que si tuviera que aplicar como magistrado ese código, me abstendría de hacerlo mientras estas mismas Cortes no lo disculan, y estoy seguro de que si consultara a los periodistas que legislación prefieren, si la que existía en 1868 ó la hoy vigente, se decidirían desde luego por aquella.

El mismo Sr. Rivero, que ha sostenido siempre la aplicación de la ley común a la imprenta, lo hacía en el supuesto de que había de aplicarla el jurado y no la justicia tradicional. Y yo, en efecto, yo que siempre he defendido y defendido a la prensa, porque creo que la publicidad es la esencia de esta clase de gobiernos, no puedo menos de preguntar: ¿es bastante garantía para la emisión del pensamiento, el juicio de jueces a quienes se puede decir: es condenas este periódico serás ascendido, y no separado? No, señores; el código común no puede aplicarse a la imprenta sino por medio del jurado.

Estos principios que yo estoy sosteniendo, eran los que los demócratas los tenían más deber de sostenerlos; y al ver que callan, estoy en el caso de hacer notar la contradicción de su conducta.

He demostrado que la ley no puede ejecutarse, aunque la voten las Cortes; y ahora añadiré, que así como no sería ley ni obligatoria la que hiciera un solo de los Cuerpos Colegiados cuando ambos funcionan, ó la que careciera de la sanción de la corona, tampoco debe cumplirse la que ahora estamos haciendo, porque hay un artículo constitucional que dice que no puede ser ley lo que se vote por autorización. Y, señores, este artículo constitucional tiene su historia. Era individuo de la comisión de Constitución un hombre de los más consecuentes con sus principios; cayó enfermo gravemente, y en el momento supremo de su vida, en aquel momento en que se oye más vivamente la voz de la conciencia, escribió a sus compañeros de comisión una carta diciendo: «Estoy conforme con la Constitución que habeis hecho; pero exijo en este último momento de mi vida, que se establezca un artículo para que no puedan votarse leyes por autorización.» ¡Ah! si el Sr. Valera, a quien me refiero, si ese varón recto y digno compañero de los legisladores de 1812, si ese hombre de costumbres severas y profundas convicciones pudiera levantarse de su tumba y nos preguntara: «¿radicales, ¿qué habeis hecho de los principios que en el postrer instante de mi vida os impuse? ¿qué diríais? Con los ojos inclinados hacia el suelo y la frente cubierta de vergüenza, nada tendríais que contestar a ese ilustre hombre público.

Pero examinemos el logogrifo, sin ejemplo en los fastos parlamentarios, que se nos propone. El Congreso ha decidido que la proposición no es de ley, y por eso votó que no pasara a las sesiones y no se han presentado enmiendas. Pues si no es proposición de ley, ¿qué es? Se dice que un acto soberano de las Cortes Constituyentes. Pero todo acto soberano tiene sus fórmulas. Si esto no es ley, ni decreto, ni orden, ¿qué es? Se ha indicado que no es ley, pero da vida a cinco leyes. Pues esto es el absurdo. Una proposición que no es ley, ¿cómo ha de ser generadora de cinco leyes? ¿Dónde toman su fuerza obligatoria esas leyes, que pueden no estar votadas ni discutidas para el 30 de Diciembre por los señores diputados?

Señores, yo nunca he proclamado el derecho de insurrección, por más que reconozco la revolucio-

nes como hechos providenciales que hay que aceptar, y no aceptar; tengo sin embargo que manifestar que lo dispuesto en esta proposición, que no es ley, ni decreto, ni orden, carece de fuerza obligatoria en la Constitución, y que hoy el derecho de insurrección ya no es doctrina, sino un hecho constitucional, pues ya no hay la obediencia debida cuando lo que se manda es contrario a la Constitución y las leyes. Así, pues, señores radicales, ¿o cumplis la Constitución, ó declarad que estáis arrependidos de vuestra propia obra; pero no tengais un código político constantemente violado.

He expuesto las razones que hay para no aprobar esta proposición, que aunque se vote, no puede cumplirse ni obligar a nadie su cumplimiento.

Yo ya sé que se dirá, yo ya sé que me diréis: «somos los más, y la haremos cumplir.» Pero entonces sacais la cuestión del terreno del derecho para establecerla en el de la fuerza, y entonces tendreis que temer el día de que otros quieran también por la fuerza echar abajo este acto inconstitucional, exigiéndonos la responsabilidad de vuestra conducta, en cuyo caso no sé qué razones les dareis para contestar a los que los llamareis fasciosos.

Y ahora, señores, para concluir, voy a decir algunas palabras a la mayoría, de quien no soy adversario, y con la que acepto y comparto la responsabilidad de la obra que de común acuerdo hemos llevado a cabo. Señores, va a venir el monarca y a ocupar el trono glorioso de San Fernando y de Carlos V; ¿y qué podreis decirle? Yo quisiera que pudierais decirle: «Aquí tenéis la Constitución que nos hemos dado; jurada y cumplida como nosotros la hemos cumplido.» Pero en vez de eso tendreis que decirle: «¡Ah! tenéis, jurad esa Constitución de que nosotros hemos prescindiendo siempre que nos ha parecido conveniente.»

Yo no quiero, señores, las mayorías disciplinadas; pero tampoco quiero las mayorías degradadas que pierden las naciones. Las desgracias inmensas que pesan sobre Francia, culpa son de una Cámara insensata, de una mayoría corrompida, que comprometió a su país haciendo posible con su servilismo el gran desastre que ha traído sobre Francia la guerra imprudentemente declarada por el emperador Napoleón, movido solo por un interés personal y dinástico. Esa mayoría, que hoy oculta en el retiro su vergüenza, pasará a las generaciones futuras con el sello de la reprochación de sus compatriotas. Pues leed vosotros, señores de la mayoría, que por vuestras complacencias también, no caiga sobre vosotros mañana la condenación de los contemporáneos y la maldición de la historia.

El señor ministro de GRACIA Y JUSTICIA: Cedo la palabra al Sr. Herrera, reservándomela para después que hable S. S.

El señor VICEPRESIDENTE (García Gomez): La tiene ahora para una alusión personal el Sr. Moreno Benítez.

El Sr. MORENO BENÍTEZ usó de la palabra para una alusión personal, y dijo que cuando el asesinato del Sr. Azcárraga, se presentó en aquel sitio un comisario de policía que impidió fuese también asesinado el Sr. Vahamonde, y al efecto leyó una carta de este dando las gracias por su comportamiento al citado comisario.

El Sr. VINADER: Pido la palabra para una alusión personal, como individuo del Casino carlista.

El señor VICEPRESIDENTE (García Gomez): No he oído el nombre de S. S.

El Sr. VINADER: También la he pedido para defender a un ausente, y creo que la mesa me permitirá decir con este motivo algunas palabras.

El señor VICEPRESIDENTE (García Gomez): El reglamento no concede ese derecho a S. S.

El Sr. FIGUEROLA: El Sr. Calderón Collantes, que ha calificado mi indiscreción como ha tenido por conveniente, no solo se ha manifestado más excitable que yo, sino que ha estado injusto conmigo. Yo ayer, al hablar de la votación de monarquía, distinguí de conservadores y conservadores.

Aprecie en uso de mi derecho la conducta de los que votando en blanco no eran conservadores de nada, para tributar mis elogios a los que, como su señoría, escribieron un nombre, a los conservadores que han encarnado en la Constitución de 1869. No tenía, pues, por qué hacer declaración alguna su señoría, ni menos por qué irritarse de lo que dije.

Por esto creo que el Sr. Calderón me oyó con prevención.

También debía participar de ella al suponer que yo calificase de institución legal la partida de la Porra, cuando lo que manifesté fué que era un hecho extralegal que no se justificaba, pero se explicaba.

Pero lo más grave ha sido suponer que prefiriera la partida de la Porra al lápiz rojo del fiscal. Lo que yo he dicho acerca de este punto, ha sido que los atentados contra la prensa no son exclusivos de estos tiempos; que los ha habido en otros, cometidos por institutos militares, y que entonces no hacía su señoría esas afirmaciones. También dije, por último, que más terrible que lo que esto era introducir la arbitrariedad en el texto de la ley, como se había hecho llevando los redactores de los periódicos ante los consejos de guerra.

El Sr. CALDERÓN COLLANTES: Sé muy bien que S. S. incompuso primero solamente a los conservadores que votaron en blanco; pero esto no tiene nada que ver con las durísimas calificaciones que hizo después de todos los hombres conservadores.

Por lo que hace a la partida de la Porra, me refiero a la memoria de los señores diputados. Ya suponía yo que sin decir que lo hacía había de retirar sus palabras. Sin embargo, todavía hoy el Sr. Figuerola ha calificado esos hechos de extralegales, cuando son legales y criminales. En cuanto a lo ocurrido con el Sr. Azcárraga, aquí están los señores Vinader y Vildósola, cuyo testimonio invoco. No pretendo poner en duda lo que ha dicho el señor Moreno Benítez; pero lo que puedo observar es que el único comisario que contribuyó a salvar al señor Bahamonde ha sido separado, y no lo ha sido ninguno de los que no impidieron el atentado. Me parece que este no es un grande estímulo para que los demás cumplan con sus deberes.

El Sr. FIGUEROLA: Mantengo todas las palabras que dije ayer, reconociendo únicamente que debí calificar el hecho de ilegal y no de extralegal.

El Sr. VINADER: Voy solo a restablecer dos hechos. Ha dicho el Sr. Moreno Benítez que había habido provocaciones por parte del Casino carlista, cuando es público y notorio que no se hizo cosa alguna fuera de las paredes de la casa donde se inauguró el casino. En los primeros días de verificarse este nada ocurrió; pero después se avisó que un batallón de la milicia había pasado por allí tocando el Trágala. A esto nada había que hacer; pero al ver que iban creciendo los grupos de gente debajo de los balcones, se acudió a las autoridades, que no fueron habidas, y al señor ministro de la Gobernación, que dijo que mandaría algún delegado. Después de tres horas, acudió el jefe de orden público, manifestándonos que podíamos salir con entera libertad, y sin

embargo, el Sr. Ochoa fué atacado, y lo mismo el Sr. Vildósola, a quien salvó un republicano de aquel barrio.

Al día siguiente acudimos al ministerio de la Gobernación a prevenir que teníamos evidencia de que iba a repetirse la misma acometida, y avisado por el señor ministro de la Gobernación el Sr. Moreno Benítez, dijo que no podía responder de las simpatías del pueblo de Madrid hacia nosotros, asegurándonos por su parte el señor ministro de la Gobernación que podíamos estar tranquilos. Pero recordando que el señor gobernador llamaba pueblo de Madrid a los que habían ido a insultarnos, convínimos en que no se podía ir al Casino, y lo sucedido nos dió la razón. Sabe todo el mundo que una persona que no era carlista, el Sr. Arcárraga y el Sr. Bahamonde que pasaron por allí, empezaron a ser perseguidos por las turbas, que asesinaron al Sr. Azcárraga en la calle de Hortaleza. El Sr. Moreno Benítez estaba entre tanto en los jardines del Retiro, sin que se presentara a primera hora ninguna autoridad, y una que luego se presentó le ha costado bien caro, porque ha sido separado.

El Sr. VILDÓSOLA: Después de lo manifestado por mi amigo el Sr. Vinader, no haré más que una ligera rectificación y una pregunta que no sé cómo contestará el Congreso, pero que estoy seguro de la respuesta que le dará el país.

Salí a las once y cuarto del Casino, y el jefe de orden público que se hallaba entre la turba, dió a unos agentes que me acompañasen, en términos que podía inferir desde luego que era uno de los socios del Casino. En seguida echaron a correr tras de mí varios individuos, cumpliendo como buenos los dos que me acompañaban, que vinieron al día siguiente a decirme que habían detenido el puñal que me iba a herir, como le detuvo también un republicano de la Corredora; pero ninguno dijo que hubiera cogido a los que intentaron asesinarme. Tentan, por lo visto, orden de defenderme a mí, y no de prender a los otros. Yo pregunto: ¿quién es el culpable en esto? ¿Había yo de conocer a los que venían rodeándome? ¿Había yo de acudir al Gobierno que mantiene todavía en estado de sitio las Provincias Vascongadas? Cuando nos habla luego el señor ministro de la Gobernación de los tribunales, me parece estar oyendo una serie de esas que alteran el sistema nervioso, porque ese es el efecto del estruendo de los tribunales que formáis a vuestro gusto para satisfacer vuestra pasión.

El Sr. MORENO BENÍTEZ defendió su conducta como gobernador que era de Madrid, y la de sus subordinados, y dijo que los autores de los excesos ocurridos en el Casino carlista fueron presos y llevados al Saladero.

El Sr. HERRERO consumió el segundo turno en pró, declarando ante todo que venía a defender esta doctrina con todo el convencimiento de su conciencia y su razón.

Dijo que el fué y era conservador, y como tal defendía la proposición, porque no creía que hubiese nada tan conservador como el contribuir a poner término a esta situación anómala y cerrar el período constituyente.

Creía que una vez realizado esto, podía gobernarse con la Constitución y las leyes hechas por las Cortes, siempre que se practicasen, lo cual aún no se había intentado. Y todo esto creía, como conservador dentro de esa Constitución y de esas leyes.

Después el orador defendió la autorización desde el punto de vista de la necesidad de que el rey eligiese jurase su alto cargo el día que llegase a Madrid, disolviéndose al propio tiempo la Cámara Constituyente.

Si era indudable que elegido monarca puede y debe sentarse en el trono, lo era también que las Cortes debían disolverse, y siendo esto así, no podía negarse la autorización para que rijan como leyes las que faltan para completar la tarea de la Cámara.

Expresó su esperanza de que las fracciones monárquicas hoy alejadas de la mayoría, plegarían su bandera y llegarían a dar apoyo y ayuda a lo creado por las Cortes, esperando muy especialmente del señor Topete, cuyos antecedentes en la revolución le colocan en la necesidad de dar un apoyo grande y de importancia al acuerdo y al fallo de la Cámara. En cuanto a la actitud de los republicanos, creía que era la del suicidio si no se acogían al amplio campo legal que les daba la Constitución para extender sus ideas y luchar legalmente por sus principios.

El señor ministro de FOMENTO contestó a varias alusiones del Sr. Collantes, y negó al propio tiempo, que en el ceremonial de la entrada del duque de Aosta se fijase que este iría a caballo.

El señor ministro de GRACIA Y JUSTICIA habló para defender a la administración de justicia y su conducta en cuantos delitos se cometían, delitos que los tribunales perseguían sin descanso.

También declaró que el había excitado al ministerio fiscal para que persiguiera los delitos de la muerte del señor Azcárraga, y del teatro de Calderón.

Por último defendió sus actos respecto a la inamovilidad judicial y defendió también las ventajas del código penal sobre el que antes rigió.

El Sr. CALDERÓN COLLANTES: Al señor ministro de Gracia y Justicia tengo poco que decirle, porque no he tratado de hacer cargos a S. S., sino solamente observaciones y aun preguntas. El señor ministro me ha contestado, y cuando la cuestión se discute más a fondo, ya apreciaremos lo que haya de cierto en ella.

Respecto a la contradicción, repito que existía, porque en el discurso decía S. S.: «ya no podrá ser esto, y luego en el decreto decía lo contrario. Por lo demás, yo creo que no puede ser la magistratura inamovible é irresponsable, porque esas condiciones hacen a los poderes absolutos y tiránicos. (Los señores de la izquierda: Así es la monarquía.) La monarquía es otra cosa: la monarquía necesita estar rodeada de instituciones conservadoras, y si no lo está, no puede menos de existir la república.

Pero no es ocasión de tratar esto, aunque yo creo que eso de monarquías rodeadas de instituciones democráticas es una cosa imposible. (El Sr. Martos pide de la palabra para una alusión personal.)

Se me dice por aquí que por qué he votado la Constitución democrática de 1869; yo diré, que porque esa Constitución es monárquica, y porque ese adjetivo solo se le ha puesto el señor ministro de la Gobernación para salvar su consecuencia, sin que por eso lo haya logrado.

El señor ministro dice que no pueden compararse estas cuestiones con las condicionales del derecho privado a Cierzo; pero si un Gobierno presenta un proyecto con una condición y no la cumple, ya no está en el mismo caso; lo que puede hacerse es que las Cortes renuncien a su derecho, pero de un modo expreso.

Yo profeso la idea de que la inamovilidad de la magistratura es indispensable para su prestigio y para su buen servicio; y no fui yo, pero fui el Sr. Negrete, quien comprendiendo los inconvenientes de



una magistratura de partido, colocó á muchos magistrados progresistas.

A mí me cumple la gloria de no haber separado á ningún individuo de la magistratura, y de haber colocado á 19 progresistas cesantes, y sentí no haber podido colocar á todos, pues así es como se tiene una magistratura que no sea de partido. Organícese así la magistratura, y podrá ser inamovible.

El Sr. Echegaray parece que creyó ver un ataque á su persona en lo que dije ayer, y no hay nada de eso. Yo puedo ver en S. S., como reconozco en efecto, á un hombre de ciencia, y sin embargo no creo que debe ocupar ese puesto. En esto no hay ofensa alguna, como no la hay tampoco en que yo vea en el Sr. Rivero á una persona de gran talento, y opine que no tiene aptitud para el cargo que desempeña. Reconozco sus grandes dotes, pero entiendo que soy el eco universal al decir que si hay alguna causa grande é ineluctable, es la del Sr. Rivero en esta legislatura.

Voy ahora á contestar á un cargo que nos dirigía el Sr. Herrera á los que combatimos esta proposición. Decía que ya podríamos estar en la discusión de los proyectos sin lo mucho que se dilata este debate. Acepto el cargo; pero lo devuelvo á los que han presentado la proposición; sin ella, ya llevaríamos cuatro días de discusión, y yo hubiera votado la prórroga de las sesiones por todo el tiempo que se hubiera juzgado necesario para que las leyes se hubieran votado constitucionalmente; de modo que en sí hay algún obstáculo, es de parte de los que en su celo ultraministerial han presentado la proposición que se debate.

No puede negarse de que queremos prolongar la interinidad, pues precisamente de estos blancos han salido voces autorizadas diciendo que esto debe concluir, y seguramente que el 30 de Diciembre podían haber estado votadas todas esas leyes; y todo lo más que podría haber sucedido era que no se hubiera terminado hasta el 8 ó 10 de Enero, si bien creo, pues nosotros hubiéramos discutido muy paramente, y más ahora que el proyecto relativo á la creación de los billetes queda descartado de la proposición.

Creo que á estas horas estará arrepentido el Gobierno del camino que se ha tomado, que es el verdadero obstáculo para que esos proyectos no sean discutidos en la forma que la Constitución previene. Conste, pues, que nosotros ningún obstáculo oponemos á la constitución definitiva del país.

El Sr. SILVELA: Dos palabras solamente, porque supongo á la Cámara deseosa de oír las explicaciones del Sr. Martos sobre el sentido más ó menos democrático de la Constitución de 1869, que nunca parece bastante exclamación.

Dice el Sr. Herrera que yo he tratado de lanzar una excomunión sobre S. S. y sus amigos firmantes de la proposición. Ni tengo ni puedo tener semejante propósito. Solo en tono hipotético he examinado la situación de S. S. en esos bancos, habiéndome complacido oír al Sr. Herrera que su permanencia ahí es accidental. Yo deseo y espero que el accidente sea lo más breve posible.

Decía S. S. que es conservador de la Constitución de 1869. Pues si por conservar esa Constitución se entiende respetar sus artículos como aquí se está respetando el 52, no es verdaderamente muy comprometido ser conservador de la Constitución de 1869.

El Sr. HERRERA: Ha hablado el Sr. Silvela de lo que durará nuestra permanencia en estos bancos. Yo, por mi parte, puedo decir á S. S. que estaré al lado de la mayoría hasta que se discutan las leyes que han de completar las tareas de las Cortes Constituyentes.

Al Sr. Calderón Collantes debo decirle que acepto humildemente la calificación de poco prudente que me ha dispensado, pero que al cabo es la menos grave entre las varias que hoy ha hecho S. S.

Yo respecto su sinceridad; pero le ruego me diga si por mucha que sea, puedo llegar á creer que S. S. está convencido de que discutidas las leyes por los trámites ordinarios habrían estado votadas para el 30 de Diciembre. ¿Pues no sabe S. S. que hasta en la del ceremonial hay voto particular? Aunque su señoría y sus amigos estén resueltos á proceder como dicen, ¿no ha visto en otros lados de la Cámara disposiciones que hacen temer que esas discusiones durarían tres ó cuatro meses? Señores, no somos tan nuevos en el Parlamento que no seamos los inmensos recursos que hay en él para prolongar las discusiones.

El Sr. CALDERÓN COLLANTES: No he llamado imprudente al Sr. Herrera; hablaba de la proposición: no he calificado á sus firmantes. (Rumores.) Y que esa proposición ha sido presentada imprudentemente, lo prueba esta misma agitación y el debate que sostenemos.

El señor PRESIDENTE: Habiendo pasado las horas del reglamento, se suspende la discusión. Orden del día para mañana. Discusión de los dictámenes de la comisión de actos. Idem del ceremonial para el juramento del rey. Idem del dictamen relativo á la asignación de la casa real.

Idem sobre la proposición del Sr. Martos. Se levanta la sesión. Eran las siete y media.

## EL PENSAMIENTO ESPAÑOL

MADRID, 23 DE DICIEMBRE DE 1870.

### LAS OPOSICIONES Y EL PAÍS.

Cuanto más pensamos en la situación política de nuestra patria, más absurdo y más desalentado nos parece el propósito de traer al palacio de la plaza de Oriente un príncipe extranjero cuya elección ha sido tan mal recibida.

Lo que está pasando estos días en las Cortes Constituyentes con motivo de la proposición del Sr. Romero Robledo, no puede en manera alguna considerarse como expresión fiel del estado de la opinión con respecto al Gobierno y á la candidatura del duque de Aosta. Para apreciar debidamente toda la gravedad que encierra la actitud de la Cámara soberana, es preciso no olvidar que excepto los pocos carlistas que á despecho de la tiranía liberal han venido á las Cortes, y á lo sumo algunos alfonsinos, los demás diputados saludaron con júbilo la revolución de 1868. En cierto sentido todos eran ministeriales, tanto que en un principio hasta la oposición de los republicanos era débil, como que no podían hacerla al Gobierno sino en asuntos muy secundarios.

¿Qué queda ya de aquella casi unanimidad? Los extractos de las sesiones lo dicen, lo dice sobre todo la conducta del Gobierno de D. Juan Prim. Para elegir rey, haciendo esfuerzos desesperados, ha logrado el Gobierno reunir una docena más de votos de los estrictamente necesarios; para la proposición del Sr. Romero Robledo está seguro de que no solo no había de obtener la mitad de los votos de la Cámara, sino que ni aun había de conseguir que estuvieran presentes en el salón de sesiones los diputados en número suficiente para hacer leyes. Por eso la proposición del Sr. Romero Robledo no es considerada por los ministeriales como de ley.

De suerte que el Gobierno no cuenta hoy con el apoyo de la mitad siquiera del número de diputados constituyentes, y tiene en contra de sí la mitad de los representantes de los partidos que hicieron la revolución de Setiembre. A tal situación se ha llegado á causa de la conducta odiosa y tiránica de los hombres que nos gobiernan, y últimamente á causa de la elección de monarca, de que

se avergüenzan ya muchos de los que han contribuido á ella, y hoy se confunden en una misma la oposición al Gobierno y la oposición al duque de Aosta.

¿Y no hay, por ventura, en el país otros elementos de oposición que los que están representados en las Cámaras? El Sr. Ruiz Zorrilla decía en cierta ocasión cuando se sentaba en el banco de los ministros, que él no quería el plebiscito para elegir monarca porque resultaría elegido Carlos VII; luego por confesión de los mismos revolucionarios, la fuerza del partido carlista no puede medirse por el número de diputados que tiene en las Cortes. Está además fuera de las Cortes el partido moderado, el partido vencido en Alcolea; lo está una parte del país, que harta de desengaños ó mal convencida de lo que en estos tiempos exige la patria de los buenos ciudadanos, huye de mezclarse en cosas políticas, pero que quiere orden y tranquilidad, cosas que nadie puede esperar de la nueva monarquía. Pero ¿qué necesidad tenemos de ir sacando estas cuentas? ¿No sabemos todos por ventura lo que es la farsa de las elecciones?

Pues bien, las Cortes actuales, con la actitud de las oposiciones, no son ni pueden ser la imagen de la opinión del país, porque en ellas no está representada más que una exigua minoría. Y si en las Cortes por él elegidas no tiene el Gobierno mayoría, ¿qué puede esperar el duque de Aosta de este país que unanimemente aplaude en cierto modo á las oposiciones de la Cámara aunque no se considere representado en ellas?

El príncipe Amadeo no está enterado de las cosas de España, no conoce bien el número y la calidad de los adversarios del Gobierno que le ha elegido; si lo supiera, ¿no podría decirse que venía á hacerse cómplice de la loca provocación hecha por un Gobierno desatentado á toda la nación?

Aquí de aquella frase famosa pronunciada por el general Prim en los Campos Eliseos en 1864. «Encerrad veinticuatro horas las tropas en los cuarteles, y de lo demás yo me encargo.» Haga ahora esa prueba el general Prim, y seguramente no faltará quien se encargue de lo que él quería encargarse hace seis años. Con las tropas encerradas en los cuarteles dudamos mucho de que el general Prim hubiera conseguido entonces lo que se proponía, porque en 1864 había muchas gentes que sabían todo lo que podía dar de sí el conde de Reus; hoy ¿quién puede temer á lo que venga después del Gobierno de D. Juan Prim? ¿Cabe acaso empeorar?

No hará ciertamente el general Prim la prueba que él pedía al Gabinete Mon-Cánovas, porque hoy por hoy su único apoyo es la fuerza material. ¿Quiere el duque de Aosta venir á España sin más sosten que las bayonetas de D. Juan Prim? Quien tal le aconseje es un insensato. Los reyes no pueden vivir sin el amor de sus pueblos, y el amor no se supele con bayonetas. El ejército se compone de hijos del pueblo, que no pueden sustraerse por mucho tiempo á la influencia de la opinión de su país, cuando esa opinión es verdadera y es justa. Pero esta consideración, que es natural, dado un sistema político que busca su único apoyo en la opinión pública, es todavía menos importante que las que sugiere la historia del ejército en el último medio siglo y las especiales teorías que acerca de la subordinación y la disciplina militar han expuesto muy recientemente los hombres que hoy nos gobiernan.

La fuerza material es, en efecto, el más firme apoyo de los Gobiernos modernos; pero precisamente por eso son tan frecuentes las revoluciones. Nada hay menos estable que la fuerza material.

Si los debates parlamentarios produjeran algún resultado, no hay duda de que la discusión sobre la proposición de golpe de Estado, habría dado ya en tierra con el Gobierno. Pero sabido es que no hay peor sordo que el que no quiere oír, y el Gobierno y la mayoría padecen de esta sordera, á juzgar por la frescura con que presencian los debates y la impasibilidad con que reciben los más tremendos cargos y las acusaciones más graves, y las razones incontestables, incontrovertibles de su mal proceder. Tal vez, como dijo el Sr. Calderón Collantes, la mayoría y el Gobierno sin atender á razón ni á justicia, se han dicho «somos los más», y asistidos de este supremo derecho, les importa poco todo lo que se les pueda decir y todas las acusaciones que se les puedan hacer por justificadas que sean.

Los cargos dirigidos á la situación en los últimos días, no han sido contestados ni bien ni mal. Cualquiera persona imparcial se convencerá de que los clamores de las oposiciones son legítimos y fundados, y es que no ha habido jamás un período de tanta arbitrariedad, de tanto desgobernado, de tanta inmundicia como ahora. Así sucede que los que hablan contra la situación, hallan ancho campo por donde recurrir y sus discursos son extensos.

A los de los Sres. Silvela y Cánovas ha seguido el del Sr. Calderón Collantes, que ocupó gran parte de la sesión de ayer. El Sr. Calderón Collantes, después de haber empezado en la sesión del miércoles demostrando que juristas como él son á la vez autoridades, no conocen las leyes, continuó ayer haciendo la crítica de la situación, fijándose principalmente en la ilegalidad erigida en sistema, en la partida de la Porra, en la misteriosa muerte de los bandidos de Andalucía y en la deplorable organización personal de los tribunales de justicia.

El Sr. Calderón Collantes, de cuyas doctrinas estamos muy lejos, lanzó ayer tan ciertos dardos á la situación sobre cada uno de estos puntos, que ni el Sr. Figuerola, ni el Sr. Montero Rios, ni el Sr. Moreno Benítez, ni el Sr. Martín Herrera, dijeron nada que desvirtuase en lo más mínimo sus argumentos.

Ya el Sr. Rios había dicho graves cosas á la mayoría; pero hasta ayer no habíamos oído pronunciar estas palabras á la faz de la mayoría actual: «Yo no quiero mayorías indisciplinares; pero tampoco quiero las mayorías degradadas que pierden las naciones.» Esto dijo el Sr. Calderón Collantes como en son de advertencia; y después de referir sus palabras á la mayoría de la Cámara francesa por sus complacencias con el Gobierno, terminó diciendo á los ministeriales: «Temed no caiga sobre vosotros la condenación de los contemporáneos y la maldición de la historia.»

Los ministeriales hicieron como que no entendían, y el Sr. Figuerola, al rectificar, no se tomó siquiera la pena de decir *pro forma* algo sobre las graves acusaciones del Sr. Collantes. Habló luego en contra de este señor el Sr. Martín Herrera, pues los progresistas, sea que conocen su debilidad, sea que se acuerdan del adagio «no hay peor cuña que la de la misma madera», echan mano de los *moros fronterizos* para combatir á los unionistas. Pero aquí el efecto es contrario; y si los Sres. Romero Robledo ó Martín Herrera podían tener fuerza contra sus compañeros y afines, desde el momento en que se han hecho aosti-

nos ó ministeriales, ya su palabra pierde en prestigio y en autoridad. Por lo demás, es cierto que el discurso del Sr. Martín Herrera fué muy pobre de razonamiento, y muy débil de argumentación.

Los Sres. Moreno Benítez y Montero Rios hablaron, el primero para defender á las autoridades acusadas por el Sr. Calderón de indolentes y poco celosos en la persecución de los delitos de la partida de la Porra, y el segundo para justificar sus actos en la organización de los tribunales, llamada organización de *partido* por el orador unionista. Más les valiera no haber hablado, sobre todo al Sr. Moreno Benítez, que por la escasez de argumentos que adujo, vino á corroborar las acusaciones del Sr. Calderón Collantes, así como también las apoyaron los Sres. Vinader y Vildósola, narrando fielmente lo ocurrido en el Casino carlista, y demostrando que las autoridades fueron avisadas y no impidieron los escándalos y crímenes que se cometieron.

El Sr. Moreno Benítez leyó una carta del señor Bahamonde, compañero del infortunado Azcárraga, dando las gracias á un dependiente de la autoridad, que le auxilió; pero ¡rara coincidencia! en esa carta que el Sr. Moreno Benítez cita como prueba de que las autoridades cumplieron su deber, el Sr. Bahamonde dá el pésame á su salvador porque había sido declarado cesante.

Llamamos la atención de nuestros lectores, y más aún la del señor ministro de la Gobernación, sobre la carta de Figuerola la Real que publicamos en la cuarta plana del presente número, en cuya carta se describen con toda exactitud el horrible estado de algunos pueblos de Extremadura, merced á la predicación incessante de teorías socialistas, que nuestros inciviles habitantes del Mediodía ponen en práctica con toda la violencia y toda la rudeza que podían esperarse de su temperamento, bríos é ignorancia.

Urge que el Gobierno piense seriamente en poner remedio á los continuos atentados contra la propiedad que nuestro corresponsal nos denuncia, y que devuelva al propietario la seguridad que le falta y le debe el Gobierno, á quien para eso paga anualmente una parte no pequeña de su riqueza.

Si nosotros atendiésemos solo á nuestra conveniencia política, lejos de excitar al Gobierno á que exterminara de raíz los escándalos que se nos denuncian, nos regocijaríamos de que no se generalizasen en España. Porque nadie ignora que esta clase de desórdenes que toca de cerca á los propietarios, son los únicos que pueden provocar una reacción provechosa en esta rebajada sociedad que ha presenciado poco menos que indiferente los grandes atentados del Gobierno contra las creencias del pueblo español. Pero el pesimismo es una arma vedada á los católicos y aun á riesgo de defender á los propietarios, cuya es la culpa de lo que pasa en gran parte por su indolencia y egoísmo al ver heridos los sentimientos católicos del país, EL PENSAMIENTO ESPAÑOL conjura al Gobierno á que ponga remedio al socialismo salvaje que deja ver sus aguzadas uñas en muchos puntos de España por entre los derechos individuales y demás absurdas teorías patrocinadas por la revolución. De lo contrario sobrevendrán males sin cuento á nuestra desgraciada patria, es cierto, pero será execrada la memoria del Gobierno y el triunfo de la reacción tan cumplido como lo queramos los que esperamos de él la completa cura de las llagas sociales.

Esta verdad inconcusa presta á nuestras palabras una fuerza que por sí solas no tienen y deben mover al Gobierno á garantizar por completo los derechos del propietario. Pero si no lo hace, tenga entendido que pronto los propietarios vendrán por necesidad á buscarnos, y nosotros, respondemos de ello, con menos fusiles y más y mejor ilustración haremos respetar la propiedad y los derechos legítimos de los ciudadanos.

El Sr. Moreno Benítez, ex-gobernador de Madrid, quiso defender ayer tarde su conducta en los tristes sucesos del Casino carlista; pero lo hizo de una manera tan lamentable que valdría más haber callado.

Para probarnos que la autoridad había cumplido con su deber, leyó una carta del Sr. Bahamonde, el compañero del desgraciado Azcárraga, dirigida al Sr. Yanguas, delegado del gobierno, que defendió al Sr. Bahamonde, salvándole quizá la vida.

Pero lo más gracioso del caso es que esa carta estaba escrita para dar el pésame al Sr. Yanguas por haber sido declarado cesante en su destino, y de paso mostrarle gratitud por su comportamiento en la noche del 2 de Julio.

¿Qué sínderesis la del Sr. Moreno Benítez! ¿No comprendía este buen señor que el público malicioso, después de oír la carta del Sr. Bahamonde, era capaz de suponer que había gato encerrado en la cesantía del único agente de la autoridad que cumplió con su deber?

Cuando concluyó de leer su carta dijo en tono triunfante el ex-gobernador de Madrid, que con el tal documento quedaba demostrado que el Gobierno había hecho lo humanamente posible.

¿Para qué? ¿Para que se cerrase el Casino carlista y no se volviese á abrir? Es cierto: hizo todo lo humanamente posible, de tal modo que consiguió su objeto. ¿Para evitar aquellos incalificables sucesos? Pues muy poco puede hacerse humanamente en punto á conservar el orden público, cuando solo un delegado del Gobierno se atreve á cumplir con su deber. Y á poco alcanza también la justicia humana cuando semejantes crímenes quedan impunes, mientras llenan las cárceles algunos pobres carlistas sospechosos, nada más que sospechosos de conspiración.

Como nuestros lectores tendrán interés en conocer todos lo que hace estos días el duque de Aosta, vamos á seguir los pasos á ese buen mozo, con arreglo á las noticias y telegramas recibidos en Madrid.

Según dice un periódico noticiero, el 14 llegó el consabido príncipe á Turin, después de haber hecho una excursión á Milán y al lago Mayor, con el fin de despedirse de su tía la duquesa de Génova y de sus hermanos Humberto y Margarita. No sabemos lo que le diría la sensata duquesa de Génova; pero es de presumir que con lágrimas en los ojos le abrazase cariñosamente exclamando: «Yo no permito que mi hijo cayese en las garras de Prim: si tú fueses hijo mío tampoco lo permitiría. ¡Ay querido Amadeo! Ya se conoce que no tienes madre. ¡Que Dios te ayude y te valga!»

Los Sres. Ulloa y Balaguer, acompañantes del duque en esta expedición, podrán decir si la duquesa de Génova habló en esos ó parecidos términos.

Ayer á las doce del día salió el duque de Aosta de Turin, según dice el siguiente telegrama oficial:

TURIN, 22 de Diciembre, (á las dos y diez minutos de la tarde; Madrid, id., á las cuatro y veintiseis minutos).—El secretario de la legación al excelentísimo señor ministro de Estado.

«A las doce del día ha salido S. M. de esta ciudad, acompañado de la comisión de las Cortes. Se detendrá á comer en Bolonia, llegando á Florencia á las once de la noche. Le acompañan en su salón hasta Bolonia cuatro señores diputados con un ayudante, y desde este punto los otros cuatro con el otro ayudante. La ciudad de Turin le ha despedido del modo más entusiasta y afectuoso.»

Estas despedidas suelen ser siempre muy tiernas, y no nos extrañaría que al duque de Aosta, al decir adiós á sus compatriotas y amigos los turineses, se le oprimiese un poco el corazón. ¡Se despedía de todos los recuerdos de su vida, quizá para siempre! Esto, aunque sea para ir á ceñir una corona, no deja nunca de ser doloroso.

La Gaceta ha publicado además del anterior estos otros partes telegráficos:

«TURIN, 21 de Diciembre (á las seis y cincuenta y cinco minutos de la tarde; Madrid, 22 id., á las once y veinte minutos de la mañana).—El secretario de la legación en Florencia al Excmo. señor ministro de Estado.

«En este momento salen de palacio los señores diputados que han ido á despedirse de S. M. la reina. Esta ha preguntado con el mayor interés acerca de la feliz llegada á España del señor presidente de las Cortes y señores diputados que le acompañaban. Ha hablado largo rato con dichos señores, manifestandoles su sentimiento por no poderse trasladar inmediatamente á España, pero ofreciendo que lo hará tan luego como se le permita el estado de su salud.»

TURIN, 21 de Diciembre, (á las siete y cinco minutos de la tarde; Madrid, 22 id., á las once de la mañana).—El secretario de la legación al Excmo. señor ministro de Estado.

«El próximo domingo, muy temprano, saldrá de Florencia S. M. el rey para llegar á la Spezia á las diez de la mañana; y el mismo día 25, á las dos de la tarde, saldrá con dirección á Cartajena, después de pasar revista á la escuadra.»

Los equipajes y caballos del impaciente Amadeo estaban ya en la Spezia, según dice *La Epoca*; pero según *El País*, por despachos telegráficos recibidos en Madrid se sabe que ya se han embarcado en Génova equipajes del duque y algunos caballos de silla que vienen conducidos por antiguos servidores de S. A.

Con este joven no vienen á España más italianos que el marqués Dragonetti—título significativo—coronel de los ejércitos del invasor de Roma, y el marqués Steffanoni, que ha residido muchos años en Madrid. De los tres criados que trae uno es español, que, por supuesto, hablará italiano para entenderse con su señor.

Acompañarle además ocho ayudantes, de los cuales solo uno, el marqués Macradetti, su secretario particular, quedará á sus órdenes. Los otros se volverán á Italia.

Aun así y todo vemos que va á haber muchos palaciegos cuyos nombres terminarán en *etti*, en *oni* y en *ini*.

Escrito el párrafo anterior, vemos en *El Imparcial* que la servidumbre del duque de Aosta se embarcó ayer en el trasporte italiano *Cambray*, y se hallará en Cartajena el 25.

Este mismo día saldrá Amadeo del puerto de Spezia, después de pasar revista á las escuadras italiana y española.

Es decir, que definitivamente viene por Cartajena.

El Sr. Calderón Collantes dijo ayer en las Cortes al señor ministro de Gracia y Justicia que había creado una magistratura de partido.

Apenas pasa día sin que los diarios ministeriales no vengán confirmando indirectamente esta grave acusación del diputado unionista. Prescindiendo de las delaciones más ó menos frecuentes de esos periódicos contra algunos jueces, cuando estos empleados no habían sido movidos y removidos por el Gobierno, da grima ver á esos periódicos quejarse todos los días de si en tal ó cual provincia son ó dejan de ser progresistas los jueces de paz nombrados por los regentes de las Audiencias.

Las reclamaciones de esos imprudentes diarios han sido tantas que no fuera temeridad atribuir á ellas la suspensión, que se dice decretada, de la toma de posesión de los nuevos jueces de paz.

Y si unos cargos como estos que solo dan trabajo, disgustos y sinsabores, son codiciados y tan descaradamente pedidos por los revolucionarios, ¿nos quieren decir nuestros lectores que sucederá con los otros cargos de la administración de justicia más elevados y bien retribuidos?

¿No tiene, pues, razón que le sobra el Sr. Calderón Collantes para decir que la revolución ha creado unos tribunales de partido? ¿Y cree el ministro de Gracia y Justicia que unos tribunales formados de este modo, bajo la presión de la política y el anatema de los periodistas han de satisfacer al país? ¿Cree siquiera que han de inspirar confianza? El país no juzgará, porque no lo necesita, á este ó al otro magistrado; prescindirá de las personas, pero no podrá prescindir del criterio á que se ha obedecido en los nombramientos; pensará en el afán de los revolucionarios por invadirlo todo, por dominarlo todo como jefes absolutos, y temerá que, sin quererlo el ministro, sin quererlo los jueces, la política penetre también en el santuario de la justicia y pueda ser el día de mañana la inspiradora de los fallos.

Estos temores no son infundados desde el momento en que los diarios ministeriales han tenido la osadía de quejarse una y otra vez de que los nombramientos de jueces de paz no hayan recaído en su totalidad ó mayor parte en personas de sus ideas. Esos periódicos han cometido la torpeza de someter este gravísimo asunto á la política, y desde ese instante los tribunales, no hay remedio, tienen que perder para el público la antigua categoría, bajando á ser meros empleados de este partido, en vez de serlo de la nación que les paga.

Un rasgo laudable de pudor político es el párrafo siguiente de un diario progresista y astonino:

«Entre las principales ideas que se oyeron en la sesión de ayer, produjo un efecto bastante desagradable la verdad por el Sr. Figuerola de que la partida de la Porra es preferible á la fiscalía de imprenta.»

¡Y sin embargo, el Sr. Figuerola es el candidato para el nuevo ministerio de la casa del rey que van á crear los que en la oposición decían que eran muchos los ministros existentes!

Tours ha sido ocupado por los alemanes después de varios días de combates victoriosos antes de llegar á la ciudad. Ya cerca de ella, según los mismos despachos franceses, no hubo más que una corta batalla en que el general Pisani, que peleaba con poca gente, contuvo por algún tiempo á los prusianos. Estos lanzaron luego algunos proyectiles sobre la ciudad, y al punto se rindió.

Los prusianos hablan de una batalla dada el 18 contra 20,000 franceses que fueron batidos y rechazados, y al mismo tiempo dan cuenta de la posición y movimiento de su ejército: los franceses, por el contrario, no dicen una palabra del ejército del Lura, cuya principal fuerza no sabemos donde está. ¿Cómo los prusianos no han encontrado cerca de Tours más que seis mil hombres?

Esto, indudablemente, indica que hay gran desconcierto entre los franceses; lo cual sería evidente si se confirmara la horrible noticia comunicada desde Versalles, de que los alemanes han encontrado en el camino de Orleans á Blois, más de 8,000 heridos franceses, abandonados sin auxilio alguno.

Noticias de París recibidas en Burdeos, dicen que han empezado nuevamente los ataques contra los sitiadores.

Derrotados los franceses en el Norte y en el Sur París solo no podrá vencer ni resistir mucho tiempo.

Sr. D. Nicolás María Rivero, ministro de la Gobernación de este semi-reino:

Recomendamos á la atención de V. E., que se irrita cuando le recuerdan las ya tradicionales luchas de la Guardia civil con los bandoleros, las siguientes líneas que tomamos del *Imparcial* de hoy:

«Al ser conducidos anteayer á Sarriena por la Guardia civil cuatro individuos, presuntos autores de un robo cometido en Laluz, fué acometida dicha fuerza por una partida de hombres armados, que intentaron poner en libertad á los presos; aprovechándose estos de la confusión que la agresión produjo, trataron de fugarse, y los guardias se vieron precisados á hacerles fuego, resultando muertos tres de aquellos; el cuarto logró evadirse ignorándose su paradero. Los guardias locales han procedido á un escrupuloso registro del terreno.»

Sarriena no está en Andalucía, sino en Aragón; por consiguiente no dirá el Sr. Rivero que la organización espantosa de los bandidos obliga á la benemérita Guardia civil á matar á fugitivos que no pasan de ser *presuntos* ladrones.

A lo menos, nosotros ignoramos que los bandidos de Aragón estén organizados como dice el señor Rivero que lo estaban en Andalucía, y en tal caso no sabemos cómo los bandidos aragoneses usan del mismo sistema que los andaluces, formando una especie de sociedad de socorros mutuos.

Desearíamos que se nos diera una explicación satisfactoria de estos hechos.

Un artículo de oposición á las Cortes soberanas escribe hoy *El Universal*, no sabemos si en alguna oficina del Estado. Es admirable la fiera independencia de estos Catones progresistas que, debiendo al Gobierno muchos y gordos destinos, tienen valor para decir la verdad al lucero del Alba, acaso con la misma pluma con que acaban de firmar la nómina.

Esto, indudablemente, es un progreso, una novedad que nos sorprende á los oscurantistas, sin duda porque ni vivir sabemos en el mundo. Pero dejemos esto y digamos dos palabras del artículo.

Este se reduce á probar, con la historia de las Constituyentes, que han vivido en completa holganza, y que aparte de la Constitución, en lo poco mas que han hecho han obrado detestablemente.

El remate del artículo es digno de todo él:

«Vuelven á reunirse para tomar el más solemne y trascendental de los acuerdos; le toman, vuelven á reunirse, miran en su derredor, todo lo ven perfectamente, no hallan un vacío que llenar, una necesidad que remediar, ni siquiera un lujo de prosperidad que satisfacer, y se retiran á lugar apartado para determinar el género de muerte que más conforme á su historia sea, á su grandeza, á su severa majestad. Sabían en todo, acordaron morir... asfixiándose con carbon.»

Victor Manuel no quiere ir á Roma, por temor de que un *entredicho* cierre todas las iglesias de Italia.

El periódico extranjero que da esta importante nueva añade que se preparaban manifestaciones católicas para el día 27 en Roma.

Por el estado de los asuntos político-religiosos de Italia, pueden nuestros lectores explicarse la prisa de aquel Gobierno en que España, la nación más católica del mundo, sancione con el entronizamiento del duque de Aosta el cautiverio del Papa.

Observa un periódico que los diarios ministeriales contestan á todos los ataques de las oposiciones apelando á la opinión del país.

En cambio el Gobierno apela á los cartuchos metálicos, que por millones está almacenando en lugares estratégicos.

Hé aquí lo que pide un diario ministerialísimo al Gobierno que se establezca después de la venida del duque de Aosta:

«Es preciso, dice, que el juez sea digno de serlo, que el Gobierno no sea corruptor, que el diputado sea irreprensible, que la responsabilidad sea un hecho, que el derecho sea respetado arriba y abajo. Nada, pues, de hipocresía, que no aparezcan *puntos negros* en el horizonte de la nueva situación, que entónces con más razón la nación que se levantó al grito de *Viva España con honra!* pueda ostentar en lema *Viva la honrada España!*»

Ahora bien; nadie pide lo que tiene, es así que el diario ministerial pide cuanto han visto nuestros lectores en las anteriores líneas; luego hoy por hoy el diario á que nos referimos lo echa de menos en España.

Veremos si *La Iberia* anatematiza á su colega que tan mal parado deja al Gobierno revolucionario. La verdad es que este Gobierno debe de ser peor aun de lo que cuentan sus adversarios cuando sus amigos tan severamente le juzgan.

Anuncia un periódico como cosa resuelta que las oposiciones de las Cortes, antes de procederse á la votación de la proposición del Sr. Romero Robledo, presentarán contra ella una protesta escrita y colectiva, y se retirarán definitivamente de la Cámara.

Y *El Imparcial*, como quien hace un gran descubrimiento, dice: «Las oposiciones se van porque no consiguen su objeto.»

¡Hombre! ¿Qué nos cuenta Vd.? Por ventura cuando los partidos liberales se retragaron de las Cámaras en los últimos años del reinado de doña Isabel, ¿lo hicieron por que les sobraban medios para conseguir su objeto en el Parlamento?

El órgano de los cimbríos, asustado con la noticia de la retirada de las oposiciones, cuya exactitud no conocemos, y suponiendo que el retraimiento es la apelación á la fuerza, añade con expresión llena de amargura:

«Los principios liberales y el respeto á la ley de



las mayorías, no podrán echar nada en cara á este sistema.

Es claro que no; como que de este sistema ha salido la mayoría actual y el Gobierno que la capitanea; de modo, que el ejemplo no puede ser más estimulante.

El Eco del Progreso, diario tan progresista, cuando menos como La Iberia, dice al órgano del señor Sagasta que «combatiendo la cuestión concreta de la proposición del Sr. Romero Robledo y calificándola de golpe de Estado, cree ser más liberal que los que defienden la humillante y depresiva resignación de las Cortes en un ministerio, sea este el que quiera, y menos en el que simboliza el relajamiento de los principios más incoscusos de la escuela progresista.»

Aconsejamos á El Eco que no trate de convencer á su colega con argumentos. La única manera de hacer hoy volver en sí á La Iberia es cerrarla á cal y canto el presupuesto. Entonces vería El Eco como le aventajaba ese papel en entusiasmo por el progreso, y defendía los llamados fueros de Parlamento, y tronaba contra las autorizaciones y predicaba el derecho de rebelión y se unía al moro Muza para derrocar lo existente.

No es probable que hoy acabe de discutirse la proposición del Sr. Romero Robledo, á no ser que la mayoría acuerde prolongar indefinidamente la sesión.

Sin embargo, si las oposiciones se empeñan puede haber discusión para tres días. Cuando las mayorías abusan de su fuerza, como lo hace la actual, hay derecho para todo. El medio de las alusiones personales no ha sido apurado por las oposiciones.

De todos modos, si el Sr. Moret sostiene la palabra empeñada de no admitir autorización para sus proyectos de Hacienda, aún es fácil que el del empréstito de los 900 millones no llegue á aprobarse.

Es muy notable el movimiento de jefes del ejército impulsado por el general Prim, como si este señor quisiera preparar el camino al duque de Aosta para que no tenga ningún tropiezo.

En otro lugar del periódico damos cuenta de las modificaciones sufridas en mandos importantes.

El Correo Militar, hablando de esto y de las separaciones de coronales, oficiales y hasta sargentos, se lamenta de que no exista realmente en vigor una ley regularizando los ascensos en el ejército, donde el interés de partido está por cima de la justicia y de la equidad.

D. Juan Prim no quiere tener ejército nacional, sino pretorianos que le sirvan á sus intenciones políticas; así se comprende que deje de reemplazar ó mande al destierro á jefes pundonorosos, dignos de vestir el honoroso uniforme militar, mientras mantiene en sus empleos á los Escodas, á quienes la opinión pública ha espulsado moralmente de las filas.

Si el príncipe Amadeo supiera bien cómo está organizando su primer ministro por derecho propio el ejército español, dudamos mucho que se atreviera á venir, porque al fin y al cabo, si Amadeo se descuida en levantarse una mañana de mal humor y decir al de Reus que no sirve para el caso, el de Reus puede llamará su gente, y adios Aosta y la compañía.

Ya en tantos años como llevamos de libertad habíamos imitado bastante al antiguo imperio romano, en que no había más autoridad que la de los que ceñían espada. Pero ahora, con las nuevas habilidades de D. Juan Prim, la imitación ó parodia va á ser completa. España estará á merced de esa guardia de honor creada por el ministro de la Guerra.

Mejor dicho, estaríamos, si no estamos ya, en pleno genizarismo.

El capitán Carlier, de quien La Correspondencia de España decía que había sido destinado á Filipinas, parece que se ha fugado al extranjero, si hemos de creer á un periódico militar.

En cuanto al capitán Pierrat, irá resultadamente á Cuba á continuar sus servicios á la manera que solían ir en otro tiempo ciertos amigos del general Prim, por lo cual La Iberia y demás órganos de la populacheria, ponían el grito en el cielo. Ahora se callan como perros mudos, según frase del Evangelio.

Bien que cómo han de hablar si tienen la boca llena.

Respecto al cambio de jefes en los batallones de cazadores de Talavera y Granada, El Correo Militar dice lo siguiente:

«El jefe de cazadores de Talavera hizo que el ayudante de su batallón se afeara la barba, y porque reclamó de la disposición, fue arrestado, después ha sido trasladado á otro regimiento, atendiendo, sin duda, á la posición difícil en que quedaba; pero los jefes superiores han hecho justicia al subalterno, y tenemos una verdadera satisfacción en comunicarlo, pues según nuestras noticias, no se le apuntará el arresto sufrido en la hoja de hechos; el teniente coronel del regimiento de Granada pasará á mandar el batallón de Talavera, lo cual demuestra claramente que á su antecesor no se conceptúa que anteriormente obrase con el tacto debido á un primer jefe.»

Más vale que en este cambio no haya influido ninguna causa política, aunque la causa del cambio no haya dejado de ser peliaguda.

Según El País, en algunos círculos se susurra anoche, que antes de la venida de Aosta, y quizá hoy mismo, dejaría el Sr. Rivero su puesto al Sr. Sagasta.

«Este rumor, añade, se relacionaba con disensiones en el Consejo de ministros sobre las elecciones de diputados provinciales, que el Sr. Rivero quiere hacer desde luego, y que los progresistas desean aplazar.»

Lo que quieren los progresistas es que uno de los suyos haga las elecciones de diputados provinciales; y como el Sr. Rivero hasta ahora se ha mantenido firme á pesar de los empujones que le daban para que saliese, se ha pensado en aplazar aquellas elecciones.

Al fin el Sr. Rivero caerá, y su caída será tan poco gloriosa como su vida ministerial.

Después de todo, si ha de salir Rivero para que entre Sagasta, el país puede estar sin cuidado por el cambio: los dos son peores.

Es cosa resuelta, según dice un periódico, el nombramiento del general Izquierdo para la capitania general de Cuba.

Si por abandonar á doña Isabel II le correspondía por derecho propio la capitania general de Madrid, después de haber abandonado á Montpensier, por derecho propio debe ir á Cuba.

La Esperanza publica la sentencia dictada por

el juez de primera instancia en la causa que se le sigue por injurias al rey Víctor Manuel.

El diario católico-monárquico ha sido condenado nada menos que á seis años de destierro á 400 kilómetros de la corte, multa de 2,500 pesetas, ó sean 10,000 rs., y pago de las costas y gastos del juicio. Además, la sentencia encarga al abogado defensor Sr. Nocedal, que otra vez ponga al pie de la firma los honorarios, y manda que se saque testimonio de la defensa, y en pieza separada se proceda á lo que haya lugar contra el Sr. Nocedal por ciertas frases de este escrito que se creen también injuriosas al susodicho monarca de Cerdeña.

Tal es la parte dispositiva de esa sentencia, que prometemos dar á conocer á nuestros lectores por ser un documento curioso.

Aun cuando ese fallo no es ejecutivo y puede ser modificado por el tribunal superior, nosotros no podemos menos de manifestar el más profundo y sincero sentimiento por esta condena que recae en periódico de nosotros tan estimado como La Esperanza. También sentiremos mucho que el Sr. Nocedal, si la sentencia es confirmada, se vea envuelto en una causa criminal, por haber defendido á su cliente según su leal saber y entender, y con la energía y celo propios de su honradez y de su carácter.

Nos falta hoy espacio para exponer algunas reflexiones sobre esta sentencia, que otro día examinaremos con el respeto debido á los tribunales.

Tenemos el gusto de insertar á continuación de estas líneas la comunicación que al Cabildo y señores Beneficiados de la Santa Iglesia Metropolitana de Burgos ha dirigido al Excmo. é Ilmo. señor Arzobispo con motivo del procedimiento judicial de que este es objeto en el Tribunal Supremo de Justicia por su Pastoral sobre el matrimonio civil:

«Excmo. é Ilmo. señor: Vuestro Cabildo Metropolitano ha sabido con profundo dolor que V. E. I. ha sido llevado á los tribunales con motivo de la Carta Pastoral que sobre el llamado matrimonio civil se sirvió publicar en 24 del último Agosto. Este acontecimiento sumamente desagradable que menoscaba la autoridad de V. E. I. puesto como maestro y centinela y pastor de la grey que le ha sido encomendada para enseñarle la verdad y defenderla contra las asechanzas del enemigo, y para apartarla de los nocivos pastos que pudieran dar muerte á sus almas; este desagradable acontecimiento, repetimos, ha sido fuertemente á todos y á cada uno de los individuos de este Cabildo que tanto ama y respeta á vuecencia ilustrísima y en cuya unión ha permanecido y permanecerá siempre, como es su deber, para ayudarle en cuanto este de su parte á llenar la misión sublime que Dios le confía.

Al ver, pues, á V. E. I. padeciendo por haber cumplido uno de los principales deberes de su sagrado ministerio, cree el Cabildo que está en la obligación de llegarle á V. E. I. para tomar parte en sus amarguras y pedirle al mismo tiempo participación en los triunfos y en la gloria que espera á V. E. I. por sostener con valor heroico los sanos principios que enseña y defiende la verdadera Iglesia de Jesucristo.

Pues qué, ¿el Cabildo Metropolitano de Burgos había de apartarse del que es su jefe y maestro? ¿Y no había de consolar al que es su Padre muy amado? ¿Y había de mostrarse indiferente al ver olvidada la verdadera doctrina? Jamás señor excelentísimo.

Por esto, vuestro cabildo y cuantos tenemos la honra de estampar nuestro nombre al pie de esta manifestación, decimos á V. E. I. con toda la sinceridad de nuestros corazones y con toda la fortaleza que dan á las palabras los labios de los ungidos del Señor, que las doctrinas explanadas por V. E. I. en la indicada Carta Pastoral son nuestras doctrinas, porque son las doctrinas de la Iglesia católica; que la causa de V. E. I. es nuestra causa; que como buenos hijos queremos participar de las penas que sufre el mejor de los Padres, y que todos y cada uno de los que hoy nos dirigimos á V. E. I. estamos dispuestos á sostenerle con cuanto esté de nuestra parte, y á dar por su Sagrada Persona y por la doctrina que con tanto valor sustenta cuanto es justo y cuanto tenemos, hasta la vida misma, si Dios nos hallase dignos de ofrecerle este sacrificio.

Dignese V. E. I. aceptar esta cordial manifestación con la bondad que le es característica, y reciba con ella la expresión sincera y unánime de nuestros sentimientos y del amor que le profesan todos los individuos de esta Santa Iglesia Metropolitana.

Dios guarde á V. E. I. muchos años. De nuestra Sala Capitular, á 21 de Noviembre de 1870.—Excelentísimo é Ilmo. señor: Pedro Gutiérrez de Ceis, Dean.—Honorio María de Oñandía, Arcipreste.—Pedro de Alba y Pardo, Arcediano.—Manuel Martínez y Sanz, Chantre.—Anastasio Saez Muñoz, Maestrescuela.—Félix Martínez, Tesorero.—Miguel Tros de Ibarra, Canónigo.—Félix Saenz Diez, Canónigo.—Salvador Ayuso, Canónigo.—Victor Gutiérrez, Canónigo.—Manuel Pino, Canónigo.—José María López, Canónigo.—Facundo Díaz Güemes, Canónigo Lectoral.—Miguel Moreno, Canónigo.—José Ruiz Ibaes, Canónigo.—Jorge de Arteaga, Canónigo.—Manuel González Peña, Canónigo Magistral.—Damián Bermejo, Canónigo.—Francisco Felipe Sánchez, Canónigo doctoral.—Matías Isla, Canónigo.—Vicente Leal, Beneficiado.—Domingo Gómez, Beneficiado.—Luis Pérez, Beneficiado.—Julian García, Beneficiado.—José Gilarte, Beneficiado.—Juan Castañares, Beneficiado.—Ambrosio Pérez, Beneficiado.—Juan Francisco Gorachurrieta, Beneficiado.—Socantre.—Nicolás Rey, Beneficiado.—Santos Martínez, Beneficiado.—Manuel Rivas, Beneficiado.—Aquilino Laredo, Beneficiado.—Gregorio García, secretario capitular.

En vísperas de reorganizarse el ministerio, los revolucionarios aspirantes á carteras acuden á Prim y Prats como moscas al panal. Véase en prueba de ello lo que dice La Epoca:

«Podríamos referir curiosísimos pormenores sobre las luchas entre progresistas, demócratas y unionistas conversos, con motivo de la próxima organización del ministerio: algunos suponian que este se preparaba para el momento en que la proposición del Sr. Romero Robledo fuese votada: otros insistían en que nada se haría hasta el 2 de Enero: pero alrededor del presidente del Consejo bullen y se agitan las más estrafalanas ambiciones, aconsejando unos que el ministerio sea progresista exclusivamente, y queriendo otros que no se falte á la conciliación. La esfige da á todos buenas esperanzas: pero en realidad, ¿quién sabe si lo hace sin contar con la hueste? Lo que se está haciendo estos días no es para enamorar al futuro rey.»

En lo tocante á la conciliación, deben leerse las siguientes líneas de La Política:

«La modificación, dice, según todas las probabilidades, se hará poco después de la llegada del rey, y de todos modos en el sentido de la conciliación, al decir de algunos colegas.

«Conciliación! ¿Con quién? ¿Bajo que base? ¿Con Prim Prats y consegando su inamovilidad en la presidencia del Consejo? Eso, si no es imposible, es un absurdo, al que no creemos pueda asociarse ningún hombre político, de alguna importancia y de algún porvenir, que no pertenezca al bando progresista-democrático por antifrasis?»

«¿Qué dirán á esto los unionistas conversos que vislumbran carteras?»

Dice anoche La Correspondencia que ya se

puede dar por seguro el nombramiento del señor Figuerola para ministro de la casa real.

Véase el juicio que merece á La Epoca este nombramiento:

«Para perjudicar al futuro monarca, se ha esparcido el rumor de que el Sr. Figuerola sería el primer ministro de la casa del rey. Nada más imposible podía ocurrirse: nos parece imposible que las personas que de buena fe aconsejan al príncipe Amadeo, no le disuadan de un error que haría un inmenso daño al nuevo reinado.»

Dice anoche un periódico, que mientras la mayoría estaba bajo el peso de la inflexible argumentación del Sr. Calderón Collantes, esparcióse el rumor, que no se confirmó, de graves desórdenes en Sevilla, con lo cual se trató de avivar el entusiasmo de los señores diputados.

El Sr. Topete, aludido por el Sr. Herrera en la cuestión de su conducta política después del juramento del rey, pidió ayer la palabra y, según La Política, hoy hará uso de ella.

La Correspondencia cree destituida de fundamento las noticias de La Política sobre ascenso de varios brigadieres á mariscales de campo, y sobre reemplazo de varios jefes y oficiales del ejército, hoy á las órdenes del regente del reino.

El mismo periódico publica las siguientes noticias militares, algunas de ellas de bastante importancia:

«Ha sido nombrado gobernador militar de la plaza de Cádiz, el brigadier Sr. Merelo, para cuyo punto saldrá inmediatamente.

«El brigadier Sr. Hidalgo de Quintana ha sido nombrado para relevar al brigadier Sr. Búrgos, en el mando de la brigada acantonada en Córdoba. Esta noche saldrá para su destino.

«Ha sido relevado del cargo de gobernador militar de la plaza de Cádiz el mariscal de campo señor Crespo.

«El mariscal de campo Sr. Crespo es una de las personas indicadas para ocupar un cargo en la servidumbre militar del duque de Aosta.

«Se confirma la noticia de que el general Acosta llevará á Sr. Piellain en la capitania general de Valencia.

Leemos en La Correspondencia de anoche:

«Esta tarde se hacían comentarios en el Congreso porque el Sr. Moret no había ocupado su asiento en toda la tarde; y la verdad es que el Sr. Moret ha estado muy ocupado en asuntos de su ministerio, puesto que ha estado en Palacio viendo las alhajas que pertenecen particularmente al príncipe de Asturias, y además ha estado con el director del Tesoro inspeccionando los preparativos del sorteo de la lotería.»

La Gaceta de hoy no publica ningún despacho telegráfico sobre la guerra, nuevo para nuestros lectores.

Habiendo dicho un periódico que en el ministerio de Ultramar se descontentaba forzosamente á los empleados una parte de la paga con el objeto de hacer un regalo al Sr. Moret, un diario ministerial lo desmiente, añadiendo que se pensó en efecto en hacer un obsequio al nuevo ministro de Hacienda por suscripción voluntaria, pero que se desistió de la idea por haberse opuesto á ella el interesado.

Reconoce La Paz, diario que trata muy bien al ministerio Prim, que este en el actual conflicto con las oposiciones, «hubiera podido atenerse á la estricta legalidad, único camino que los Gobiernos tienen para inspirar confianza.»

Un periódico hace á los unionistas aostinos el fundado cargo de que habiendo declarado ante sus antiguos compañeros de partido, que solo se separaban de ellos en la votación del monarca, sean ahora los que apadrinan y dirigen entre bastidores el golpe de Estado del general Prim.

Dice La Esperanza que un Cura conocido en Zaragoza por sus opiniones radicales fue nombrado por el Sr. Montero Rios Canónigo de Pamplona, cuyo Cabildo se negó á darle posesión, lo cual no desanimó al ministro que le mandó á la colegiata de Ceuta.

El Diario Español sale con calor á la defensa de los clérigos liberales, á quienes se designó días pasados como futuros Obispos por La Correspondencia.

«Parecen que á pesar de todos los piropos de El Diario Español esos infelices señores se quedarán con las ganas de la mitra si las tienen.

No parece sino que Pío IX hace Obispos como los revolucionarios diputados, directores y ministros.

Leemos en El Imparcial:

«El capitán general de las Provincias Vascongadas aprobó ayer la sentencia impuesta por el consejo de guerra, que condena á ser pasados por las armas, en rebeldía, á los generales Rada y Ceballos, y á igual pena como reo presente, al guardia civil José Lizárraga; á reclusión perpetua á diez y ocho individuos; á ocho años y un día de prisión mayor, á cuatro más; otro á cuatro meses de arresto mayor, y finalmente, declarando absueltos á 22. Dicha autoridad dejó sobreesdadas otras cinco causas, elevando á plenario y autorizando la vista en consejo de guerra de tres más.»

Parece que á propuesta de la junta inspectora de la deuda pública, se ha prohibido á los empleados de dicha dependencia la presentación de carpetas para señalamiento y pago de cupones del semestre corriente.

Según un diario noticiero, es probable que mañana se encargarán respectivamente del gobierno civil de esta provincia y de la dirección general de caballería los Sres. Rojo Arias y Milans del Bosch.

Parece que la junta federal del distrito del Congreso, el comité republicano del distrito de Palacio, y la junta del mismo partido del barrio del Campo de Guardias, han protestado contra la conducta seguida por La Discusión en la polémica que sostiene con El Combate.

Sabido es que este último periódico, como La Igualdad y La República Ibérica, dicen que La Discusión en sus declaraciones pacíficas ha hablado por su exclusiva cuenta, y que todos deben esperar las resoluciones del Directorio republicano.

## CORREO DE HOY.

### MEETING CATOLICO EN BALTIMORE

(ESTADOS-UNIDOS.)

Imposible nos es dar cuenta de las grandes é imponentes reuniones que en todas las naciones se celebran para protestar contra la usurpación de los

Estados de la Iglesia; pero la que ha habido en Baltimore ha sido tan colosal, y tan grandes las demostraciones de catolicismo en aquella importante ciudad norteamericana, que no podemos resistir al deseo de referir lo que los periódicos americanos dicen de la gran manifestación á que nos referimos, y que coincidió con la llegada del señor Arzobispo primado, reverendo señor Spalding, de vuelta del Concilio.

El Tablet de Londres dice con referencia al Baltimore Mirror, que al llegar á Washington el señor Arzobispo, fué recibido por una procesión de más de 15,000 personas; pero esto era poco para lo que ocurrió en Baltimore. Oigamos al periódico citado:

«Monseñor Juan Martín Spalding, Obispo primado de Baltimore en los Estados-Únidos, llegó el mes último á su diócesis de regreso de Roma. La población católica de dicha ciudad había hecho preparativos para recibir dignamente á su querido Pastor, y el 40 de Noviembre una multitud inmensa, compuesta de 50,000 católicos y de 20,000 protestantes, se dirigió con músicas y banderas á la estación del ferrocarril de Nueva York. Recibido con entusiastas aclamaciones, S. Ilma. fué acompañado hasta la Catedral por este inmenso cortejo. Las personas más notables del Clero y de la población seguían en coche á la multitud que ocupaba una legua de extensión y se aumentaba constantemente con protestantes que tomaban parte en el jubilo de los católicos. Los balcones estaban adornados de colgaduras y se habían levantado varios arcos de triunfo con inscripciones.

Monseñor Spalding recibió en el átrio de la catedral las felicitaciones que le dirigió en nombre de los seglares el magistrado Thompson, y en la Iglesia las que le dirigió en nombre del Clero R. Corkery, Vicario general.

El Prelado, después de contestar á esas felicitaciones con algunas palabras paternales, se sentó bajo sódio. Entonces la extraordinaria muchedumbre que llenaba la catedral y la que estaba fuera, segura de corresponder á los sentimientos de su Pastor, se reunió en un meeting bajo la presidencia del ilustre L. Parkin Scott, juez del Supremo Tribunal de Baltimore, con el objeto de protestar contra la invasión de los Estados Pontificios.

Después que el presidente hubo anunciado el objeto de la manifestación, M. J. Heinscher, abogado, y uno de los secretarios del meeting, leyó una noble y energética exposición, que comenzaba en estos términos:

«Nosotros los católicos de la archidiócesis de Baltimore, reunidos en meeting general en número de más de 50,000 personas, con el objeto de felicitar á nuestro amado Arzobispo en su vuelta de Roma, deseamos aprovecharnos de esta imponente ocasión para poner de manifiesto á la faz de la cristandad entera, nuestra protesta formal, solemne y unánime contra la reciente invasión de los Estados de Roma, por el Gobierno florentino, y esta nuestra «enérgica protesta, entre otras poderosas razones, «fundase en las siguientes:....»

La exposición indica en seguida los medios para protestar, y después de varias consideraciones termina con dos declaraciones: la primera declara contraria á la justicia la usurpación de los Estados pontificios, y la segunda reconoce el derecho de intervención de todas las naciones católicas para restituir al Padre Santo todos sus derechos y poderes.

Esta exposición fué leída al mismo tiempo fuera de la iglesia, y la multitud la aprobó por unanimidad con aclamaciones entusiastas é imponentes.

Al referir esta extraordinaria manifestación, exclama el Baltimore Mirror:

«Esta demostración dirá al Padre Santo que allende del Atlántico, en aquella tierra de libertad, donde de la cruz fue la primera bandera, sus hijos sufren por El, y en su desventura aún más le aman.»

### Dice el Telégrafo Autógrafo:

«Podrán nuestros colegas tratarnos de visionarios, nosotros aunque respetemos mucho la opinión y la autoridad de EL PENSAMIENTO ESPAÑOL, continuamos creyendo que la fusión entre los orleanistas y los legitimistas franceses, es un hecho hace ya mucho tiempo.»

Desde que nosotros escribimos el suelto á que se refiere el Telégrafo autógrafo, han podido variar las cosas.

### El mismo periódico escribe lo siguiente:

«Creemos poder asegurar que es un hecho por más que hasta ahora tengan de él conocimiento pocos, que el Gobierno procederá en un plazo brevísimo, á la elección de la Constituyente.

«Se ha dicho que el mariscal Mac-Mahon había dejado á Pourru-aux-Bois, donde ha sido curado, para pasar á Wisbaden, donde debía permanecer como prisionero. Hoy se nos informa de una particularidad, que merece ponerse de relieve. Los jefes alemanes encargados de proceder á la ejecución del viaje del mariscal, le exigieron que prestara su adhesión á la capitulación de Sedan. El mariscal rehusó á ello enérgicamente. Entonces le amenazaron con que sería conducido á Wisbaden entre dos gendarmes.

«Hacello, pues, respondió él; pero yo no firmaré.»

«Circula muy extendido el rumor de habers prohibido en París por el Gobierno toda correspondencia particular con la provincia; y de aquí la absoluta carencia de noticias particulares de París, pesar de haber caído distintos globos.

### Escriben de Florencia al Diario de Barcelona:

«En un parte de Roma se afirma terminantemente que el partido que en el Vaticano insiste en la marcha del Papa, triunfa, y que la marcha se verificará inmediatamente después de las fiestas de Navidad.

«Anda por ahí la mano de la Prusia. Guillermo quiere hacerse emperador de Alemania. La mitad de Alemania es católica, y hará con gusto algo en favor del Padre Santo en cambio de las paternales exhortaciones que se dirijan á los pueblos de la Baviera, Wurtemberg, Lorena, Alsacia y Palatinado.

M. Brassier de Saint-Simon, su embajador en Florencia, ha declarado al Sr. Visconti-Venosta que no acompañará á Víctor Manuel á Roma, porque esto sería sancionar una toma de posesión que es todavía muy discutible en los consejos de su soberano.

Tengo entendido que la Cámara de diputados votará antes de las fiestas de Navidad los tres proyectos de ley relativos á Roma....

El Sr. Sella que en Roma ha dicho siempre que la traslación de la capital debía ser inmediata, era ayer de opinión completamente distinta, y preguntaba si la Cámara consentiría en asumir la responsabilidad de su votación....

La discusión ha versado principalmente sobre el artículo 14 que trata de las prerogativas del Papa, así como de la autoridad y de la jurisdicción espiritual y de disciplina del Sumo Pontífice. Senota cierta tendencia á una modificación.

### Dice una carta de Marsella:

«Hoy es el quinto aniversario secular de la muerte del gran Papa Urbano V, que fué el último de los Papas franceses de Aviñon. Superior de nuestra célebre abadía de San Victor, este sabio benedictino, después de restablecer la Santa Sede en Roma, y de haber pacificado los Estados Pontificios con cuerdas y libres instituciones, quiso ser enterrado en su querida iglesia de San Victor.

Su sepultura, obra de estilo ojival, fué descubierta

ta no ha muchos meses, y el 5 de Marzo de este año la Congregación de Ritos aprobó el culto de este Beato. Este culto ha sido inaugurado solemnemente por el Obispo, que con este motivo ha publicado una pastoral de mucho interés histórico, que es á un tiempo una glorificación de la Santa Sede y de la misión cristiana de Francia.

El rey de Prusia publicó el 6 del actual una orden general, en que dice:

«Entramos en una nueva fase de la guerra. Todas las tentativas del enemigo para romper la línea de cerco han sido inútiles. Los ejércitos del enemigo, que avanzaban de todos lados para auxiliar á París, han sido rechazados.»

El rey da las gracias á las tropas, añadiendo que si el enemigo persiste en la continuación de la guerra, confía en que los soldados mostrarán el mismo ardor á que son debidos los triunfos alcanzados, hasta que se asegure una paz honrosa, digna de los grandes sacrificios en sangre y vidas de Alemania.»

Según escriben de Madrid á El Tarraconense, en los más autorizados círculos se tiene por segura la siguiente combinación ministerial. Prim, presidencia; Martos, Estado; Sagasta, Gobernación; Hacienda, Moret; Fomento, Ulloa; Gracia y Justicia, Montero Rios; Ultramar, Romero y Robledo; Guerra, Izquierdo; Marina, Malcampo.

Dice un periódico de Málaga que el día 20 llegó á aquella ciudad, procedente de la de Granada, un batallón del regimiento del Príncipe, de guarnición en aquella plaza, que marchará dentro de breves días á los presidios de Melilla, á relevar al de Zamora, que va á Málaga de guarnición.

Parece que en breve contará Valencia con la importante asociación de la Juventud Católica, á cuyo efecto se trabaja con actividad y perseverancia por la junta nombrada al efecto.

## ÚLTIMA HORA.

### CONGRESO.

Después de abierta la sesión se suscita un ligero altercado entre el presidente y los señores Figueras y Sorni sobre si habían de usar la palabra para alusiones personales, entrando después el señor Pi y Margall á consumir el tercer turno en contra.

El orador se extraña de que el Gobierno acuse á las oposiciones de no querer la discusión de las leyes, cuando por culpa de él apenas ha habido sesiones en estos últimos tiempos.

Dice que contra el duque de Aosta está la nobleza antigua y el partido carlista, el partido moderado, el unionista y el republicano.

Afirma que las Cortes no pueden disolverse sin verificar la reforma de las provincias ultramarinas, lamentándose de que los diputados de Puerto Rico apoyen al Gobierno en la obra de prolongar indefinidamente la interinidad en América.

Acusa al Gobierno de no tener pensamiento político y de no representar nada.

Los algunos párrafos del discurso del Sr. Ruiz Zorrilla al ofrecer la corona al duque de Aosta, y la contestación de este.

Prueba con datos históricos que la casa de Saboya ha sido la más reaccionaria en Europa.

Ataca rudamente al Sr. Rivero, y cita varios actos de este, demostrando con ellos su insignificante consecuencia y su apostasía política.

Dice que tanto el Sr. Rivero como el conde de Reus han perdido el pudor político.

Concluye haciendo una historia de la Hacienda española, diciendo que estamos en la bancarrota.

El general Prim se levanta descompuerto á defender su honra atacada por el Sr. Pi y Margall, y dice que él prometió al cubrirse grande defender á la reina, pero siempre que fuese constitucional.

Después de rectificar el Sr. Pi y Margall se levanta el Sr. Topete y dice que si se sublevó en Cádiz fué para reivindicar los fueros del Parlamento, hostiados por los Gobiernos moderados, y que se deshonraria si votase esta autorización.

(La minoría republicana aplaude.) Continúa diciendo que España es católica y monárquica, y si se le arrebatara su corona y su religión, sería otra cosa, pero no sería España.

La mayoría exclama, dirigiéndose á los republicanos: «Aplaudid ahora.»

Asegura que no acorta las distancias que le separan de la situación la elección de rey, y que sus simpatías fueron el derrotero que le trazó la revolución. Se declara incompetente para volver á mandar fuerzas, por haber roto la disciplina, una vez que esto se lo aconseja su honra y los recuerdos de sus padres.

Dice que se retira para siempre del servicio para que no se diga que su insurrección fué el escabel de su fortuna.

Varios diputados: No, no.

Es una resolución inquebrantable, añade; así me lo aconsejaron marinos ilustres; así me lo aconsejó Mendez Nuñez. (Nutridos aplausos.)

Concluye diciendo que acabará todo lo que constitucionalmente hagan las Cortes, pero que entiende que lo que piden es inconstitucional.

(Aplausos prolongados de todos los lados y tribunas.)



